

PREMIO NACIONAL DE CRITICA Y ENSAYO: ARTE EN COLOMBIA,
MINISTERIO DE CULTURA-UNIVERSIDAD DE LOS ANDES-2014

LA LUCHA DE JACOBO CON EL ANGEL

VIDA Y OBRA DEL MAESTRO

EDUARDO RAMIREZ VILLAMIZAR

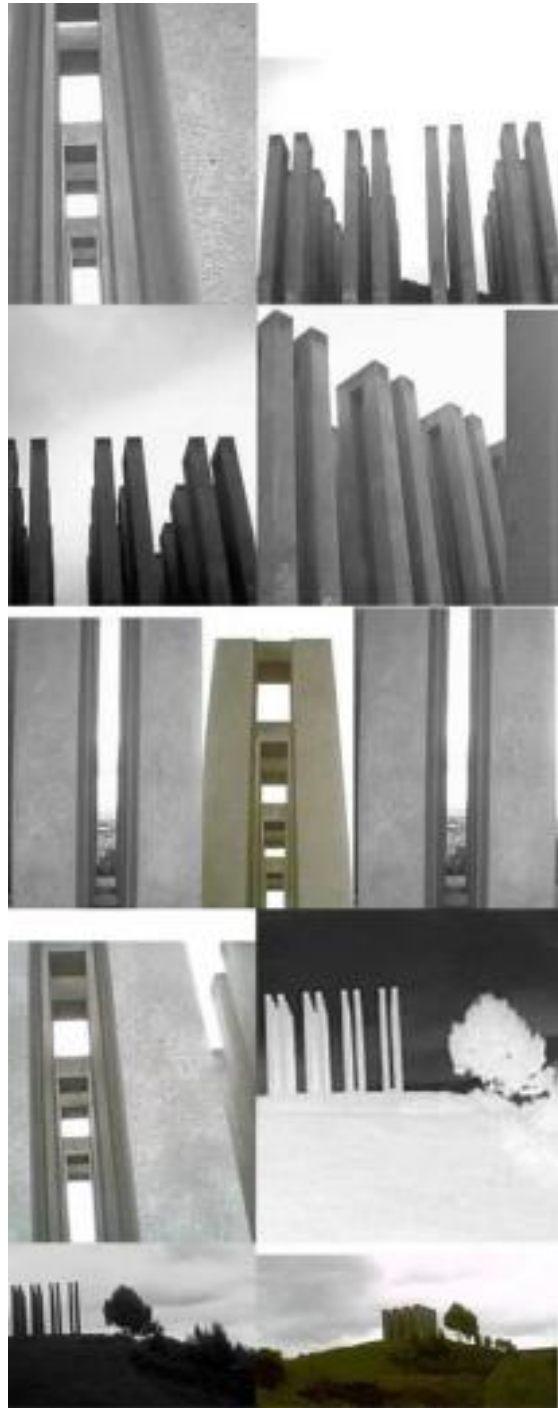
1923-2004

CRESCENCIO

CATEGORIA 1

TEXTO LARGO

LA LUCHA DE JACOBO CON EL ANGEL



Lo creado por el espíritu es más vivo que la materia

Charles Baudelaire

PRELUDIO

Por cumplirse el décimo aniversario del fallecimiento del maestro Ramírez Villamizar, retomo entre papeles perdidos este escrito ilustrativo de su desarrollo artístico y personal, y lo reescribo tratando de encontrar de nuevo esa emoción escondida detrás de su obra esa pertinente obsesión por ese universo constructivo y poético que se fue desarrollando como una espiral de proporciones ilimitadas, buscando al menos de dar explicación a esa razón del espíritu o razón aurea que envolvía de misterio, silencio y lejanía si obra, materia viva, a veces tan cargada de nostalgia, nostalgia del tiempo ya ido, transformado ya en formas que como construcciones emergen de algún legado misterioso y que son rescatadas de las profundidades abisales o cósmicos a donde habían ido a parar hacía mucho tiempo, o recorriendo las superficies oxidadas sobre cuya pátina se posan las miradas anhelantes, sin llegar a comprender ese pedazo de eternidad robado en cada línea, en cada círculo, en cada espacio desplegado entre arista y arista de alguna construcción, catedral o manto, que como ruina o materia que se transforma y se trasciende a sí misma en esa otra posibilidad del ser: la unción mística entre razón y espíritu, emoción y geometría, Poesía Mística o Lucha de Jacobo con el Ángel.

Hay artistas que simplemente toman del mundo lo que ven y lo plasman en diversas formas o conceptos, hay quienes lo reinterpretan a su manera y lo explotan como cantera inmensa de recursos inagotables, hay otros que como héroes prometeicos, roban la llama de los dioses, de las entrañas mismas de la tierra para mostrar al mundo, y enseñar las coordenadas de una geografía inmaterial. Tal vez, como Theilard de Chardin, arrodillado ante el prodigio del cosmos deificado, o como los poetas románticos en sus horas de silencio contemplando la luna petrificada en su jardín leería a Novalis y repetiría:

“Pero el arte de la observación callada, el de la contemplación creadora del mundo, es difícil, ...su recompensa no será el aplauso de sus contemporáneos, que rehúyen el esfuerzo, solamente la alegría del saber y del velar; el contacto íntimo con el Universo.”

PRIMER TRANCO

La lucha de Jacobo con el Ángel

O captain! My captain!

Walt Whitman

Hay quienes que como antiguos demiurgos absorbieron lo mejor de las civilizaciones y de ésa amalgama de influencias recrearon un mundo, el mismo, el eterno, el que se rehúsa a desaparecer, ése del arte, donde por medio de sutiles artificios se construye en un lugar donde la poesía es la base y sustento, la emoción primaria, el grito ahogado, el suspiro primario, el llanto, de un desarrollo estético ulterior, así éste se sustente en la esquiya pero precisa razón geométrica.

El maestro Ramírez Villamizar, murió a los 81 años de edad, en vísperas de la inauguración de lo que sería su última exposición en vida, con obras recientes, realizadas casi en su totalidad para la misma, basada en la sinfonía Los Planetas de Gustav Holzt. Recreaba así un cosmos tutelar donde anidar el espíritu.

Desde sus primeras acuarelas al natural, hasta su poderosa escultura en metal, un largo recorrido de aprendizaje se había iniciado, camino que no concluiría sino con su propia existencia.

Luego de haber incursionado en una desbordante y feroz pintura expresionista, poco a poco, el color y la forma se fueron temperando hasta encontrar en la geometría un sentido racional para la existencia, en un país irracional por excelencia, desbordado en todo sentido de la palabra: el país de La Vorágine, país que termina devorándose a sí mismo como su padre a su propio hijo, como en un grabado desgarrador de Goya. Terror y violencia, leche nutricia en los albores de la modernidad en Colombia.

Nacido en Pamplona, Norte de Santander, en el Valle del Espíritu Santo, el año de gracia de 1923, ciudad a la que donará una importante colección de su producción artística en el museo que lleva su nombre y que se inauguró durante la administración Barco, presidente con quien tuvo no sólo un vínculo de coterraneidad sino lazos de profunda amistad, serena

y firme, sobria y generosa como la más rigurosa de sus esculturas, como los leales descendientes de su linaje.

En los años 40 estudia arquitectura y decoración en la Universidad Nacional de Colombia. Poco a poco se define por el arte y gana el segundo premio del Salón Nacional de Artista, en el año 47, con la acuarela, Retrato de Lilian Peñuela, acuarela de corte netamente naturalista. Naturalismo que por su parte se desarrollará hacia un expresionismo aterrador donde el artista, buscando una salida expresiva para el horror de la violencia vivida en Colombia, y que ya por entonces pareciera endémica y tal vez vitalicia en nuestro país.

Oleos como Matadero del 47 o Lucha de Jacob con el Ángel, del mismo año, son ejemplo de ésa búsqueda, no sólo formal y plástica de la obra sino, expresiva, espiritual de la misma.

Esta búsqueda, entre lo formal y lo espiritual se va depurando en la medida en que las formas se simplifican y el color se modera. Surge Crucifixión, de 1950 donde se plasma, de manera intuitiva un universo geométrico, constructivo, donde el caos es vencido por el sentido del orden y la profundidad, no del tema, sino de inmanente trascendentalidad de la obra, depurada en sus más elementales esencias, más un añadido que consta de dos partes en sí mismo. Tiempo y eternidad, es decir, silencio y reflexión, contemplación de un orden inmaterial del universo de donde emanan las más puras fuentes del saber: razón y emoción, geometría y poesía.

Luego vendría París. “Los años maravillosos”, como solía llamarlos, donde estudia y trabaja, conoce la obra de Picasso, visita el taller del escultor rumano Constantin Brancusi, pilar de la escultura contemporánea, y se vislumbra frente a la obra del pintor húngaro Victor Vassarely, expuestas por ésos día en la Galería Denis René, exposición que sería un hito para el desarrollo del arte cinético, del que los venezolanos Cruz-Diez y Soto, son gestores y desarrolladores del mismo, entre otros. Con ésta exposición, Ramírez Villamizar aprende que tan sólo el color, la forma y la geometría eran suficientes para crear un universo perfecto y armónico. Retoma la lectura del Universalismo Constructivo del uruguayo Torres-García y emprende una solitaria marcha hacia la abstracción. Junto a su propia experiencia con el mundo precolombino, se consolida una triada, que genera esa

simbiosis donde la geometría se une para consolidar un lenguaje lleno de significado, sin caer en el juego de recrear un arte amaneradamente simbólico, ni de representar un arte indigenista, o étnico, tan de boga con las escuelas muralistas mexicanas y la corriente Bachué, tan arraigada en nuestra tierra. No. Diría alguna vez: *“La geometría es el puente que une el arte clásico con el precolombino”*, y cuánta razón tenía.

SEGUNDO TRANCO

Porque lo que el hombre siembra,

Eso también cosechará.

Epístola de San Pablo a lo Gálatas

Pinturas abstractas

Se podría decir que las primera pinturas abstractas del Ramírez, son un preámbulo para los futuros relieves y que los relieves serían el anteceder de la escultura, pero eso sería quitarles su radical importancia, pues aquí es donde el artista depura su lenguaje formal, la paleta, aunque colorida, se vuelve sobria, llegando incluso a utilizar solo tonalidades grises. Sus abstracciones, ya sean de bodegones, ya sean construcciones espaciales, llevan nombres simples como Rojo y Negro o alegóricos como Eclipse o El Dorado, constituyen en una sí, una dinámica, no sólo formal sino temática, que se mantendrá a lo largo de toda su producción artística, tensión y dinamismo que llegan a un punto de equilibrio, que es el punto donde las los elementos de la obra, el caos, toma forma y trasciende el mundo de las apariencias y surge como por encanto, la obra.

Sus temas, disímiles entre sí, encuentran un cauce coherente, leit motiv, dirían otros, que hace que se desarrollen de manera natural y sin grandes sobresaltos: Copa azul de, 1953, Copa verde-gris, del año 54, Composición dorada o Eclipse de luna, del 56, El Dorado N.2, Copa-Guitarra, del años 57, Horizontal blanco y negro, del 58, Pintura en azules, del 59 o Banderas de Guerra de 1960.

Primeros relieves blancos

Con la incursión del maestro en el relieve, suceden dos acontecimientos claves dentro del desarrollo de su obra. El primero de éstos, efectivamente, es hacer, que las formas que se desplegaban en sus lienzos y acuarelas paulatinamente salieran de la bidimensionalidad del cuadro, incorporándose o tomando forma, de una manera silenciosa en el espacio real de las casi tres dimensiones. El segundo es la ausencia de color. Estas piezas, pintadas de blanco, son la summa de una búsqueda de un absoluto estético. El silencio que emana de las formas

puras, ajenos a la emocionalidad del color, constituyen por un lado un hito dentro de la alborotada toponimia geográfica de Colombia. Por otro lado, éste primer paso, casi que como el primer paso que diera un primerísimo hombre recién erguido en sus dos pies, es casi un salto al vacío, la llegada del hombre a la luna. ¿Y después qué? Lo que vendrá no puede ser imaginado, tendrá que ser construido con tesón de ebanista, de maestro cantero, de herrero, alegóricamente, con fe de carbonero, de alquimista que espera transmutar la áspera materia en oro. Se hacen votos por la instauración de un nuevo reino donde las formas simples, sean tan simples como el ave que vuela, como el sol.

Algunos títulos de éste periodo son: Círculo roto, 1960, Relieve Circular, 1960, primer premio del Salón de Artistas Nacionales del año 1963, Nacimiento de una forma, 1960, Blanco ritual 1, serpiente precolombina, 61, Objeto ritual. Se exploran nuevas técnicas, que como la madera no dejará de usar a lo largo de su carrera, y también el acrílico que hacen parte de ésta nueva experimentación estética.

Muralismo

En el año 58, Ramírez Villamizar realiza el primer relieve. Un encargo para el Banco de Bogotá de la carrera 10 con calle 12, hoy oficina de la DIAN. Este primer mural, de proporciones épicas se realiza en madera recubierta en laminillas de oro. Se titula El Dorado y mide 2,59 metros de alto por casi 10 de largo.

Mientras tanto, el maestro ajetreado, ha ido y venido. Su obra se colecciona en importantes colecciones tanto públicas como privada. Se le comisionan diversos trabajos como el de la sala de música de la Biblioteca Luis Angel Arango del año 65, denominado Mural Horizontal Curvo. En el 70, el Gran Pectoral Precolombino es adquirido por coleccionistas privados en la ciudad de Nueva York, así como obra suya entrará a ser parte de la colección del Museum of Modern Art de Nueva York, MOMA.

Lo sagrado

Imbuido en un mundo trágico, lo sagrado surge como una respuesta a la esperanza. Su tradición, su ámbito familiar, y solitario, su deambular sobre la tierra lo llevan a formularse una extraña simbiosis entre forma y sacralidad, alejando lo que se considera superfluo o

banal, dejando al descubierto, las secretas estructuras de las cosas, algo así como lo óseo de lo intangible, el misterio detrás de lo aparente.

Primeras esculturas

Homenaje a Gaitán Durán.

En el año 1964, Ramírez realiza su primera escultura. Un doble relieve, que desprendiéndose de la pared se posa en las totales tres dimensiones. Con esta escultura-ofrenda, rinde homenaje a quien sería su amigo y coterráneo, el poeta Jorge Gaitán Durán, fallecido hacía dos años en un trágico accidente que enlutó la literatura nacional.

Realiza en metal, pintado de blanco, tiene una altura de 1,85 metros, y se posa en una base o pedestal como la pata de una copa o cáliz donde se ofrenda la memoria del amigo muerto.

A partir de entonces sería su obra ya no sería sino un gran y poderoso río que ha encontrado su gran cause y su perpetuo fluir. En el año 73 regala a la ciudad de Bogotá 16 Torres blancas, ubicadas en los cerros orientales, en el Parque Nacional, que como tótem tutelar como las denominaría Marta Traba, vigilan, perennes los designios de una ciudad atropellada. Realizada en concreto con una altura de 7 metros se yergue como coloso silencioso, guardián inmutable de lo esencial y milenario.

Hermanas de la Columnata, que ya había realizado para la ciudad de Nueva York, en Fort Tryon Park, realizadas en el 72. Esculturas que son netamente clásicas en su concepción estilística, dinámicas en su delineación simétrica, pues no son moles pétreas, sino juegos de espacios, donde la línea que traza el módulo es en últimas una cinta infinita que se desenvuelve sobre sí misma. Porque a pesar de su cierto carácter, austero y monolítico, la obra de Ramírez tiene un principio cinético que permite que la obra, aunque relativamente cerrada, sea ponderada desde distintas ópticas, no sólo formales, sino imanes, caracterizadas con cierta animación que las perpetúa en una especie de condición de seres vivientes que se perpetúan en el tiempo y en el espacio del espectador, silente, que las contempla.

Bach

Una de las características interesantes dentro del desarrollo de su obra es la variedad temática. Por un lado tenemos una influencia absolutamente neo clásica y minimalista, una fusión entre mundo clásico y escultura contemporánea u por otro lado el universo geométrico de los mundos precolombinos que se desarrollan en una ambivalencia mítico-realista o cósmico-religiosa y el choque de ésta cultura con la cultura barroca de la contrarreforma heredada de la conquista. Esta confluencia de mundos, hayan armonía en su pasión por la música de Bach, el gran barroco de ese teatro barroco donde el mundo es un gran teatro, de luces y sombras. Catedral para escuchar a Bach, del año 82, es un ejemplo de ese amor por una razón poderosa, superior, esta especie de cámara críptica, resulta ser un lugar de unción, íntima comunión para el ser y el ser más allá de lo material, ese ser que se desprende de la desbordante catarata musical del legado de Bach.

Aquí logramos entender si acaso, que nos encontramos frente a alguien que sin hacer concesiones a una idea es un ecléctico discreto, que saborea lo mejor de los mundos del pasado sin desdeñar el futuro, y algo de ello hay en ése sutil encanto que emana de sus construcciones, donde el juego de la poesía, de los espacios que se abren y se repiten y se complementan. El Espejo de la Luna,, por ejemplo, influenciado por un poema de Borges, o la Doble Victoria Alada ubicada en la Avenida El Dorado, son ejemplos de una multiplicidad de formas y orígenes y tradiciones, que van desde la clásica, nuestro legado judeo-católica-latino, la influencia de la poesía. En últimas, impresiones, que subyacen bajo la piel y que después en el taller, confluyen para crear ese nuevo universo de sensaciones. Ejemplos que van y son un fluir constante, dentro de su aparente inmovilidad, su clasicismo estoico, frente a un barroquismo, casi que sensual, que anida a flor de piel.

Sus obras, tratan no sólo de objetos cotidianos, también pasa de lo sagrado a lo poético, creando una especie de sinfonía sonora, de sonoridad callada, de acústica inmanente, como el sonido de luz de sus cascadas metálicas o como en la obra llamada Catatumbo, que resuena por sí sola, y donde aguzando el oído podemos escuchar los perpetuos truenos que sobre ésta región norte santandereana nunca cesan de sonar, un poco más y vemos los rayos que siempre fieles iluminan la cordillera ennegrecida de nubes y presagios. Truenos y rayos

que cualquiera que haya pasado por ésta región los recordará ya con pavor o con asombro siempre como únicos, misteriosos y maravillosos,

Amanecer en Machu Picchu

En los años 80, Ramírez tiene un viaje providencial a Machu Picchu, donde el rigor clásico de sus construcciones se confronta con las construcciones precolombinas, encontrando los mismos elementos constructivos, donde el espacio mítico y real se han camuflado para crear una simbiosis única dentro de las construcciones de la humanidad.

De ésta experiencia se produce un cambio en el hacer. El hierro se desnuda del color y se deja oxidar a la intemperie, dejando que la pátina del tiempo se encargue de transmutarle

a la pieza un valor agregado. La forma parece desnudarse aún más en su más pura esencia. La relación con el mundo precolombino se vuelve un perpetuo diálogo con formas vivas y vivientes, mundo que había estado presente siempre en sus obras, pero que ahora se corrobora con un sentido constructivo y espiritual más fuerte que nunca. Es una relación de aprendizaje que deviene de una compenetración de fascinación y asombro para con éste mundo infinitamente cosmogónico y constructivo. Su temática se multiplica: manto emplumado, Torre de Machu Picchu, del año 80, Puerta del sol, Recuerdo de Machu Picchu, Acueducto, Mascara, Cascada, Viento, etc. Esta experiencia la resume en una frase que dice más o menos así: *“La geometría es un puente que une el arte contemporáneo con el mundo precolombino”*. Frase que pone por testimonio todo su saber su devoción por la geometría como poder ordenador del mundo frente al caos que nos rodea.

La naturaleza

Como ya hemos visto, la naturaleza siempre ha estado presente en su obra. Es el elemento esencial, Naturalista o naturaleza abstracta, su contacto íntimo con el mundo de la geometría tiene que ver mucho con el mundo esencial de la naturaleza o de la naturaleza del mundo. Sus obras surgían como una vegetación prodiga y natural, como si nacieran en su jardín, donde crecían y maduraban antes de salir al mundo.

Este proceso de creación parecía un prodigio de alquimia, reservada sólo para los sabios quienes encerrados en su taller fraguaban un nuevo elemento de la naturaleza.

Estar allí suponía un privilegio por decir lo menos pues no era fácil digerir la maravilla que se abría paso a paso frente a nuestros ojos, por lo general, no educados para contemplar el maravilloso proceso de la transmutación de una simple maqueta de cartón a una obra monumental, heredera de por sí, de algún secreto inmaterial.

Allí, en su casa-jardín-taller, la simple y mortal naturaleza se convertía en la más inmortal de las geometrías. El sol era un círculo, los caracoles de su colección eran obras insuperables, especies de libros incunables donde aprender lo desconocido, el aroma del té con que recreaba a sus convidados, la esencia del universo, la acuarela de Wiedemann cuyas estructuras invisibles trataba de enseñar frente a la incomprensión de su interlocutor-aprendiz, una obra de ate, el libro de su amigo el fotógrafo Joel Witkins, la pátina del óxido que paulatinamente le daban a sus esculturas el carácter con que se le reconocen, la soledad, el espacio inmaterial del creador.

En últimas, su obra, la del consagrado artífice, no es más que una celebración a la vida, un canto, silencioso, como el del manantial, que apenas se escucha, profundo en la espesura del bosque, meditación profunda, lecciones de geometría, vitalista, sin formalismos vacuos, sin concesiones a lo arbitrario. Lecciones, como las de algún legendario sabio, que trazadas en la arena, se borraban con el mar. Siempre ahí, siempre constantes, simples y profundas, con raíces profundas emanadas del propio corazón de lo sagrado y lo humano. Como en el poema de su amigo Gaitán Durán:

No pudo la muerte vencerme.

Batallé y viví. El cuerpo

Infatigable contra el alma,

Al blanco vuelo del día.

*

TERCER TRANCO

Que te acoja la muerte

Con todos tus sueños intactos.

Álvaro Mutis

Gran Finale

Desde sus primeras incursiones en los oficios del arte, los dibujos con que ilustra diversas revistas literarias, entre éstos, los finos trazos con que se delinea el rostro del poeta Aurelio Arturo, hasta el garabato de toro comprado en París, emulo del ensamblaje picassiano, Cabeza de Toro, los recuerdos de su infancia en la Pamplona y los cuentos de horror que relataban las mujeres sobre las desdichas de la guerra, desde las cerámicas precolombinas que decoraban las paredes blancas de su casa hasta la fundación del museo en La Casa de las Marías en su ciudad natal. Todo hacía parte de una impronta fundacional de quienes abrieron las puertas de las corrientes del arte moderno en Colombia. Una generación lúcida que dio lo mejor de sí en aras de un propósito que se podría decir, común, la sociedad, que en últimas sería la heredera de sus creaciones.

Artífices, que como Edgar Negret o Alejandro Obregón, dieron lo mejor de sí, todo, en las arenas incandescentes de la creación. Una generación disímil entre sí pero que sin contemplación alguna, un día cualquiera, decidió de una vez y para siempre trascenderse a sí misma, trascendiendo la misma sociedad que los engendró, ayudándola a mejorarse a sí misma, dejando un legado tras de sí, una impronta, que muy difícil será olvidada. Allí quedan entonces los cóndores, toros y barracudas de Obregón, la magia mecánica y ritual de los soles y templos y Kachinas de Negret y las construcciones de apariencia impenetrable de los aceros oxidados de Ramírez Villamizar.

No dejo que la geometría domine mi obra. Creo que la expresión y la sensibilidad tienen que dominar los materiales. Lo que primero debe tener una obra de arte es poesía; sin poesía, sin misterio sería apenas geometría, y esta, sola, no es arte. "

Ramírez Villamizar

CODA

Como remate de faena, esta coda final, a quien, como una isla, llevó la batuta de un cosmos tan esencial y simple, de esas construcciones, arrancadas a la muerte, porque todo arte trascendente, tiende a esto, a arrancar pedazos, girones, alientos agónicos, de las fauces de ésta. Similar a la lucha, mítica, de Jacobo con el Ángel, sin vacilar, sin dilaciones, máscaras o disfraces. La escueta realidad de las construcciones, los templos derruidos, escuetas remembranzas de lo que tal vez fue el fuego primigenio que alumbró el círculo encendido en medio de la soledad y la nada, el fuego perenne del hombre enfrentado a la ilimitada conmiseración del cosmos, y la trágica condena del silencio profundo de las noches estrelladas.

No bastaron, sin embargo, los altos vuelos del espíritu, la obstinada terquedad del camino elegido entre muchos, para perforar la conciencia mediática de la sociedad pulverizada por su propia codicia, no bastaron, los sacrificios, no, aquellos silentes cortes de bisturí, para encontrar la esencia escondida detrás de la forma, el espíritu detrás de la materia. Antiguo Prometeo, forjador y portador de una esquivada luz. No bastaron, digo, para frenar el impulso destructivo de la sociedad que lo vio nacer, y de la cual bebió del horror, pero también, de los aciertos de una generación lúcida y generosa, que dio lo mejor de sí, y que como en los oscuros versos de Gaitán Durán resuenan en medio de la zozobra del día más claro:

*Tantas razones tuve para amarte
que en el rigor oscuro de perderte
quise que le sirviera todo el arte
a tu solo esplendor y así envolverte
en fábulas y hallarte y recobrarte
en la larga paciencia de la muerte.*

*

LA LUCHA DE JACOBO CON EL ANGEL

En un video, realizado en el 2003 por Roberto Triana, se muestra al maestro sumergido en el río que cruza su finca en La Vega, Cundinamarca, recitando algunos versos de las Coplas a la muerte de su padre, de Jorge Manrique, y que aquí transcribo, para concluir, este pequeño homenaje a la memoria del Maestro Eduardo Ramírez Villamizar:

Nuestras vidas son los ríos

que van a dar en la mar,

qu'es el morir;

allí van los señoríos derechos a se acabar e consumir;



Puerta del sol. Museo Nacional de Colombia. Bogotá.

BIBLIOGRAFIA

MIRAR EN BOGOTA, MARTA TRABA, INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA, 1976, BOGOTA, COLOMBIA

RAMIREZ VILLAMIZAR, MUSEO DE ARTE MODERNO DE BOGOTA, PRIMERA ED., FLOTA MERCANTE GRAN COLOMBIANA/ BENJAMIN VILLEGAS Y ASOCIADOS, 1984

BOGOTA, COLOMBIA HOMENAJE A LOS ARTIFICES PRECOLOMBINOS, RAMIREZ VILLAMIZAR, MUSEO NACIONAL DE COLOMBIA, 1990-1991, VARIOS AUTORES, COLCULTURA

BOGOTA, COLOMBIA RAMIREZ VILLAMIZAR: DIECIOCHO NOTAS PARA COMPRENDER A UN ESCULTOR, ALVARO MEDINA. FONDO CULTURA CAFETERO, MUSEO DEL SIGLO XIX, 1992

BOGOTA, COLOMBIA RAMIREZ VILLAMIZAR, PINTOR, MUSEO NACIONAL DE COLOMBIA, 1999, MINISTERIO DE CULTURA, BOGOTA, COLOMBIA

CASPAR DAVID FRIEDRICH. VIDA Y OBRA, JENS CHRISTIAN JENSEN, LIBRO DE ARTE DE BOLSILLO, EDITORIAL BLUME

PRIMERA EDICION, 1980, BARCELONA, ESPAÑA

JORGE GAITAN DURAN, OBRA LITERARIA, POESIA Y PROSA, FONDO DE AUTORES NORTE SANTANDEREANOS. 1995

CUCUTA, NORTE DE SANTANDER, COLOMBIA

1984 CIEN AÑOS DE ARTE COLOMBIANO, EDUARDO SERRANO 1886-1986, MUSEO DE ARTE MODERNO 1986

www.mamramirezvillamizar.com